

niñez... y los padres... y días en el mar... noches de viaje... y se deben tener recuerdos de muchas noches de amor... Pero no es suficiente con los recuerdos. Debemos olvidarlos y hacer acopio de enorme paciencia hasta que vengan de nuevo... y cuando se han convertido en sangre en nuestras venas, y miradas y gestos... puede entonces que en una hora inesperada brote la primera palabra de un verso y siga fluendo..."

Y no es sino a través de esas experiencias como se forma la personalidad única e intransferible del individuo, cualquiera que sea su misión sobre la tierra. Depende de ellas, las refleja, las convierte en suyas por asimilación, pero debe superarla.

Tampoco basta con las vivencias acumuladas y asimiladas. Es necesaria una técnica como único camino de expresión. Precisamente uno de los rasgos característicos de la obra de Bonifaz Nuño, es el conocimiento de la técnica. Evidente es en este libro la asimilación del ritmo de la poesía latina en la cesura de los versos y en la construcción del hipérbaton, hasta donde lo permite la flexibilidad de nuestra lengua. Advertimos incluso algunos versos de corte horaciano en el conjunto de la obra; recordemos tan sólo aquello del poema 27: "¿Qué es nuestra vida / más que un breve día?" y entonces, / tocados de golpe comprendemos; / sabemos que somos heno, verduras / de las eras, agua para la muerte."

La mayor parte de los poemas de este libro producen la impresión de una confianza, de un grito ahogado, casi un grito emitido en voz baja. Fluye sin interrupción, independiente a veces de la lógica de los lógicos, pero con inmovible trabazón interna. En ocasiones sentimos que se eleva el tono de la voz hasta llegar casi a la estridencia, sobre todo cuando nos habla de la vida triste y gris de aquéllos sobre los que pasa la vida, los que se han perdido y que son tan sólo ruedas ineficaces de una maquinaria: "Marchamos fuera de tiempo, vendemos / lo poco de sangre que nos queda / por una ración de papas..." La existencia se torna gris, pierde matices y grandeza, y el poeta pregunta casi con desesperación: "¿Qué espadas disponen, qué dioses claros / descubren, qué campos cultivan, qué palabras / sacan del insomnio de cada noche?"

El mundo para los que trafican con el pan y con la guerra, es un vasto campo de riquezas. Ellos lo ven así. El resto de los hombres no importa, aunque accidentalmente sirvan como carne de cañón y como víctimas propiciatorias. Y, sin embargo, no son máquinas, ni tornillos. Son seres que se mueven y vagan guiados por el instinto "para conseguir lo inexplicable", son todos como los "cuerpos siniestros de los mendigos"; y toda la legión de empleados, de obreros, de ejércitos de hombres reducidos, atados, limitados, buscan algo, piensan en alguien para escapar de la soledad en que se les ha confinado: "y el pepenador de basura / bajo su costal de papeles sucios, / piensa en su mujer; y los enfermos / de muerte se yerguen, deshinchados / y van a sus noches de amor..." Esta es la propia visión del poeta, obsesionado por el amor, por la soledad, por la ausencia de alguien quizás inexistente,

De tiempo en tiempo, danzan los demonios, se introducen en nuestra vida para llevarnos a ritos extraños, a disfrazados aquellarres: "Cha-cha-cha. Bailemos. Hiervan los ruidos. / Siga el vacilón. Bailemos diente con diente..." "Nos dan el compás. Demos el brinco. / Ya se está cocinando el arroz. La ronda / de sordos borrachos, de paráliticos / y homosexuales frenéticos..." Es desesperante esta vida frívola, de pasiones libres y sueltas, angustiosa la liberación del subconsciente y explicable por la contención, por los continuos renunciamentos obligados. Todo resulta estridente, chillante.

Y luego se regresa a la atmósfera de las ilusiones, a cierta paz, la del pueblo que se divierte en momentos de vacaciones efímeras, en los que puede disponer de su tiempo. Llegan a las estaciones "y cargan sus viejas valijas / y sus bolsas llenas de fruta / que es igual a la que comen a diario; / pero que ha de darles un sabor de cosas / buenas, de placer incomparable, / al llevarlos, plácidos, / al recuerdo / de los vendedores en el camino..." Pero no sólo es el vivir todo el año, la mitad con el recuerdo y la otra mitad con la esperanza de las vacaciones, puesto que se pueden disfrutar otros momentos: para eso están los bautizos, las bodas, los velorios y la ilusión de sacarse el premio gordo.

Todo se hace por huir de la soledad, por abandonar siquiera sea un momento la carga de soledad que a todos nos ha tocado llevar. Y la voz del poeta nos habla de su confinamiento y del de cada uno de nosotros, de la ausencia y de las presencias limitadas a signos evidentes pero nunca totalmente vivos. Quizás sea la angustia de no recibir una carta inútilmente esperada, conscientemente inesperada, la que lo conduce a sentirse como esa mosca que se estrella contra los cristales de la ventana sin lograr nunca romper la ilusión de un aire sólido. Mientras, a su espalda, y mordido, con saliva tuya, / un durazno muerto sobre la mesa." Y en esto percibimos un poco la influencia de Neruda, benéfica y creadora en Bonifaz Nuño, no sólo al usar los gerundios como adjetivos, o como imágenes de esencias, sino al participar de su espíritu: "En torno de ti, cayendo, brillando, / tu aroma de cosa viviente".

No se necesita —aunque a veces pueda ser necesaria— la demagogia, en cualquiera de sus formas, para hacer lo que ahora se llama "poesía social". No sé, por ejemplo, qué otra cosa pueda ser este libro de Bonifaz Nuño, sino el libro de un mexicano, consciente de la vida de su pueblo. Tiene sabor a mexicano, no sólo por ese aire de melancolía que se respira en él, y que quieren hacer característico de nuestra raza, sino por la mordacidad que encontramos en los poemas de los demonios, por la descripción y el ahondamiento de los personajes de México e incluso por el lenguaje. Pero al mismo tiempo, ¿no es auscultar y sentir en torno nuestro la vida de todos los hombres, cualesquiera que sean su razas, sus lenguas, sus riquezas y sus pobreza? Es el libro mejor de Bonifaz Nuño, tanto por la fuerza de la forma como por el material poético empleado. Y es también un libro importante que señala caminos a los poetas que hacen "poesía libre", puesto que son manifiestos sus conocimientos tanto de las formas clásicas como de las

modernas. Y dominando las formas se puede tener todo el lirismo del mundo, presupuesta, claro, la vocación poética.

* RUBÉN BONIFAZ NUÑO. *Los demonios y los Días*. Fondo de Cultura Económica. Tezontle. México, 1956. 101 pp.

ALFREDO CARDONA PEÑA: *Crónica de México*. México y lo Mexicano, 23. Antigua Librería Robredo. México, 1956. 120 pp.

Cuando el periodismo armado de sensibilidad se aparta del terreno histórico y entra en el literario produce la crónica. Esta manera literaria, aunque ha tenido ilustres cultivadores, actualmente es poco frecuentada en México. Este libro de Cardona Peña es una de las excepciones actuales. Como su título lo indica se inspira en la tierra mexicana: observaciones geográficas; análisis impresionista del paisaje campestre y citadino; paseo histórico por las galerías regionales; descripciones de costumbres típicas, difiere del folklore en que se preocupa más por la belleza que por el método; citas literarias idóneas, florilegio del color local. El testimonio de los sentidos predomina sobre el interés de las disciplinas científicas. Los temas se recogen por su docilidad para ser captados por la sensibilidad: flores, occididas de toros, alimentos caseros, fiestas populares. La última parte del libro está formada por una *Galería de científicos*, retratos literarios de hombres de ciencia mexicanos.

C. V.

MANUEL OLGUÍN: *Alfonso Reyes, ensayista. Vida y pensamiento*. Colección Studium, 11. Ediciones de Andrea. México. 1956. 232 pp.

Este es un trabajo que enjuicia una modalidad muy importante de la obra de Reyes, el ensayo. No sólo en México, sino en los países de cultura occidental, Reyes se ha revelado como ensayista conspicio. Género que por su naturaleza flexible emparenta disciplinas en apariencia antagónicas: filosofía y poesía, sistema y delirio.

Esta obra es guía segura y fácil para adentrarse en la ensayística de Reyes. De los trabajos anteriores, por su intención dispersa o su naturaleza fragmentaria, ninguno alcanza validez de texto definitivo. Sobre todo, en el deslinde, obra capital de Reyes, Olgúin demuestra una capacidad exegética singular.

Olgúin expone su método: "hemos adoptado un criterio cronológico, examinando las obras según su orden de aparición y relacionándolas en lo posible con los datos autobiográficos que hemos podido encontrar en esas mismas obras. Aspiramos así a dar una reseña o idea general de las principales modalidades que ha ido mostrando el ensayo de Reyes, sus preocupaciones, ideas e ideales más sobresalientes a lo largo de las siguientes etapas fundamentales de su biografía: Primera etapa: México (1906-1913). Segunda etapa: España (1914-1924). Tercera etapa: Francia e Hispanoamérica (1925-1938). Cuarta etapa: Regreso definitivo a México (a partir de 1939)".

C. V.